

Bibiana hace los cristales en una de las casas en las que compagina labores de limpieza y de cuidado de mayores. :: REPORTAJE FOTOGRÁFICO: **RAFA GUTIÉRREZ**

Las que tienen que servir

3.088 personas están dadas de alta en el trabajo doméstico en Álava. Olga, Gabriela, Isabel, Bibiana y Amparo frotan con sus historias un sector precario y manchado por la irregularidad



JORGE BARBÓ

✉ jbarbo@elcorreo.com

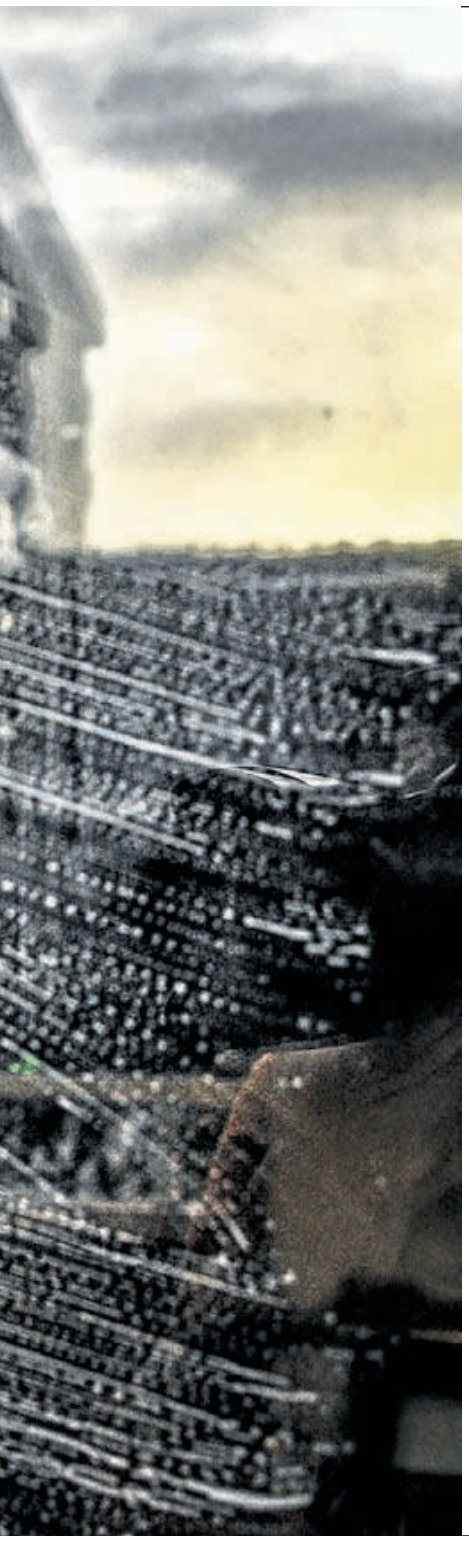
Son las diez y media de la mañana y ya se ha fregado de arriba abajo los dos baños de la casa, le ha quitado el polvo a esas figuritas de mírame y no me toques del salón y ha hecho unas camas de sábanas bordadas en las que ella jamás ha dormido ni dormirá. Ahora enfila a la carrera hacia la Plaza de Abastos con un pedacito de papel en el que lleva apuntada la lista de la compra: «Ternera para picar, filetes, naranjas, puerros y patatas», se puede leer con una caligrafía engolada. En el bolsillo, a buen recaudo, los 30 euros que le ha dejado «la señora». Debajo del abrigo de paño, algo raído, lleva un mandil de cuadritos vichy celestes y puntilla al tono. «A mi señora le gusta que vaya en uniforme». «A mi señora no le gusta que escuche mi música mientras limpio». «A mi señora los filetes de solomillo le gustan más finitos». «A mi señora...», cuenta como una metralleta acelerada mientras va de la carnicería a la frutería.

Gabriela tiene mucha prisa, 31 años, una capacidad de trabajo increíble, dos hijos pequeñitos, un marido en paro, una de esas sonrisas blancas capaces de alegrar el día más plomizo... Y, sí, también tiene una señora muy enseñorada. Así llama a su jefa, la misma que el otro día, mientras tomaba café con sus amigas en la salita, a ella le sirvió taza y media de ofensiva desconsideración. «Yo estaba a lo mío, en la cocina, cuando escuché bien claro cómo se le derramaba el azucarero por el piso: 'No, no te preocupes, que ahora lo limpia la chacha', le dijo a sus amigas», relata. «Lo dijo con desprecio y esas cosas duelen mucho», se lamenta la buena de Gabriela, mordiéndose un poquito el labio inferior, consciente de que, al contarlo, acaba de cometer una indiscreción. Pero es que ella no está nada acostumbrada a que se interesen por su trabajo. No hay que frotar mucho para que saque a relucir decenas de anécdotas, de pequeñas miserias domésticas con olor a lejía y limpiacristales.

3.088 personas –la inmensa mayoría, mujeres– están afiliadas al sistema especial para empleados del hogar de la Seguridad Social en Álava. Son cifras oficiales, a febrero de 2019, del Ministerio de Trabajo. Pero en realidad, el número se queda diminuto ante la magnitud real de un sector, el de los cuidados y el trabajo doméstico, en el que reluce la irregularidad. Según los datos de la Asociación vasca de Trabajadoras del Hogar ATH/ELE, sólo el 62 % de las mujeres que se acercaron a su sede en 2018 para recibir asesoría contaban con el contrato al que obliga la ley. Las demás están condenadas a la más absoluta precariedad. Igual que Gabriela, que finalmente decidió no dar ni la cara ni su nombre real para este reportaje, son kellys, sirvientas, doncellas, asistentas, domésticas, criadas, muchachas invisibles. A, como mucho, diez euros la hora.

En negro

«Yo siempre digo que hay que tener contrato porque si te caes, si te pasa algo, estás desprotegida», razona Isabel Linares, una boliviana de 52 años que reconoce haber trabajado en más de una casa (y más de dos y de tres y de...) sin cotizar a la Seguridad Social. «Pero es que, al final, son los jefes los que deciden darte de alta o no y si pones problemas, buscan a otra. Hay mu-



Bibiana Méndez
30 años. Paraguay.

«Me gusta mi tarea, pero nunca más volvería a ser interna. A veces me sentía como una esclava»

Isabel Linares
52 años. Bolivia.

«Aunque he trabajado en hasta cuatro casas a la vez, nunca he llegado a ganar mil euros»

María Amparo Flórez
63. Colombia

«Me han humillado e insultado por ser inmigrante. En una casa no pude más y me marché»



Isabel recomienda a las trabajadoras jóvenes «que se formen para tener mejor sueldo».



María Amparo, en plena faena de colada, reconoce haberse sentido «humillada».

cha gente dispuesta a trabajar 'en negro'», evidencia la mujer, que ha pasado por un rosario de hogares y que al llegar a España tuvo que actualizar su recetario, a base de majaditos y locotos rellenos, para poner lentejas y patatas a la importancia.

Lleva más de una década cuidando a hijos y abuelos de apellido ajeno, limpiando lo que los demás ensucian y planchando lo que otros arrugan. Tragando lo intragable. Pero la semana pasada, por primera vez, tuvo que dejar un trabajo «porque no podía más». «La señora me insultaba y me trataba muy mal: me iba a mi casa llorando de las cosas que me decía», lamenta. Claro que no siempre ha tenido empleadores así. Todavía se le quiebra la voz y se le empañan los ojos, esta vez de pura ternura, cuando se acuerda de una de las últimas mujeres para las que trabajó. «Era una señora mayor muy buena, a la que cuidaba y que me hacía sentir como en mi casa: dormía en su habitación, y cuando ella pasaba mala noche, nos poníamos a contarnos nuestras cosas», relata con su voz dulce mientras le da vueltas con su cucharilla a un colacao bien caliente. «Pero murió y no sabes la pena que me dio, porque le cogí mucho, mucho cariño», suspira Isabel, que deja ver uno de los aspectos más duros de su trabajo: la enorme implicación personal que llegan a trabar estas mujeres con las personas a las que cuidan. Al fin y al cabo, son un miembro más de la familia. Sin serlo.

Isabel sueña con dedicarse a la costura, pero entre tanto remienda la cuenta corriente siempre hecha jirones y hace encaje de bolillos con el estropajo y el mocho para llegar a sus trabajos. Ha llegado a trabajar para cuatro casas al mismo tiempo. Al punto de la mañana, acudía a levantar a un anciano y asearle para después, casi en la otra punta de Vitoria, ayudar a otro a desayunar y a darle la medicación. De allí salía pitando a limpiar en otra casa y regresar para poner la comida en la mesa en una última. Y vuelta a empezar. «Mis amigas me decían que me iba a hacer de oro con tanto trabajo, pero jamás he juntado mil euros al mes: la mayoría de las veces, ni 600», reconoce.

Como Isabel, gran parte de las empleadas domésticas picotean horas de aquí y de allá para juntar algo parecido a un sueldo digno. Otras, en cambio, optan por convivir bajo el mismo techo que la familia para la que trabajan, para así ahorrar en alojamiento y comida a cambio de su trabajo, su intimidad y, no pocas veces, su libertad. Bibiana Méndez conoce muy bien cómo funciona la figura de la interna. Con 19 años llegó a Apellániz desde Paraguay. «Fue un choque enorme, era muy joven y me vi de pronto en un pueblo muy pequeño, trabajando todo el día salvo las dos horas que me dejaban libre para mí. Me costó muchísimo adaptarme», cuenta la joven, que tiene muy claro que «nunca más» volverá a trabajar como interna. «A veces me sentía como una esclava», confía.

Bibiana compagina su trabajo de limpieza con los cuidados a personas mayores. Y este doble perfil es uno de los más demandados por las familias, que se ven obligadas a delegar en estas mujeres una labor para la que no siempre tienen la cualificación que se precisa. Más que de acompañantes, no pocas veces ejercen de auxiliares de geriatría, de enfermeras y hasta de psicólogas con los ancianos a los que cuidan. «Yo prefiero trabajar con personas mayores. Tengo la sensación de que les estoy ayu- >

EN SU CONTEXTO

10€

la hora es el sueldo medio, bruto, que las empleadas domésticas perciben en Álava. En algunos casos se llegan a pagar incluso 6 euros. «Si no tienes papeles, aceptas lo que sea», reconocen.

Contrato

La ley es muy clara. Con independencia de las horas que se vayan a trabajar, es obligatorio hacer un contrato por escrito, con las mismas modalidades que para cualquier otro trabajador siempre que la relación laboral vaya a durar más de cuatro semanas.

Salario

Las trabajadoras tiene reconocido su derecho a percibir, como mínimo, el SMI, que en 2019 está fijado en 14 pagas de 900 euros (12.600 brutos anuales) para la jornada de 40 horas. El salario mínimo diario es de 30 euros.

Seguridad Social

En un ejemplo de un salario de 420 euros por una jornada a tiempo parcial, el empleador debe abonar 118,97 a la Seguridad Social y la trabajadora, pagaría 22,28 euros. En el caso del trabajo por horas la responsabilidad recae de la afiliación recae en la empleada.

dando; en realidad me gusta el trabajo que tengo», asegura. Es sincera. Por extraño que pueda parecer, Bibiana deja entrever cierta pasión, rayana en lo vocacional, por su labor. «No cobro mucho, pero la mayoría de las casas en las que he trabajado no son de gente rica. Más bien todo lo contrario, son de familias que no tienen mucho pero que necesitan que alguien cuide de sus viejitos», sostiene la joven. Y es que el argumento de este 'cuento de la criada' tan real, tan crudo, está dando un inesperado giro argumental en los últimos tiempos: la figura de la asistenta viene a suplir, en precario, a la asistencia geriátrica especializada, inaccesible para las pensiones más ajustadas. Se crea la figura, qué paradoja esta, de la 'doncella de los modestos'.



Olga cocina cada viernes platos de la gastronomía latina para una familia que le hace «sentir como una más». :: R. GUTIÉRREZ

«Tragas... hasta que explotas»

Que atender a personas mayores no es fácil, que no todo el mundo está dotado de la paciencia necesaria lo sabe muy bien María Amparo Flórez. Ella siempre se ha aplicado esa máxima del 'ver, oír y callar' en su tarea. Aunque en ocasiones «tragas, tragas, tragas... hasta que explotas». A ella, que vino de Colombia a España hace casi dos décadas, le pasó con una señora que exhibía un racismo churretoso, uno tan pegado que se le acabó haciendo una costra tan profunda que ni el más potente de los quitagrasas podría eliminar. «Cuando veíamos juntas la tele y salía algún suceso en el que el culpable era un latino, siempre nos insultaba a los inmigrantes. Ella sabía perfectamente que me estaba haciendo daño, que me estaba humillando. Yo me callaba, aunque me estuviera reconcomiendo por dentro, hasta que un día no pude más. Decidí no volver más a esa casa», cuenta con rabia.

«Es que muchos se creen que por ser de fuera no sabes nada, no entiendes de nada y se pueden aprovechar de ti», asegura Olga Gaitán mientras pasa el aspirador en una casa de Vitoria en la que, está claro, los niños son los protagonistas. «Tengo mucha suerte, aquí me siento muy valorada, una más de la familia», asegura, sin que aquello ni hueco ni forzado. Sus empleadores, para los que cada viernes cocina plátano macho frito con guacamole, ni siquiera están delante. «Es importante que haya una relación de confianza. Te están dejando las llaves de su casa y te están confiando lo más valioso que tienen: el cuidado de sus hijos», razona la mujer, que durante años ejerció de institutriz para una familia en Frankfurt. «Allí este trabajo está considerado de una forma diferente, tienen claro que eres la persona que les ayuda y jamás te hacen sentir como la sirvienta», asegura.

▲ **Olga Gaitán**
53 años. Colombia.

«Cuando he criado a niños de otros pensaba en mi nieto, que no tenía a nadie quien le cuidara. Es muy duro»

Mary Poppins decía que con un poco de azúcar esa píldora que os dan pasará mejor. Pero hay tragos en el quehacer de estas mujeres difíciles de edulcorar. «Es muy triste separarte de unos niños cuando dejas de trabajar para una familia. Les cuidas como si fueran tuyos y cuando les abrazas y juegas con ellos, es inevitable pensar en mi propio nieto, que lo tenía tan lejos, solo, sin que nadie le pudiera cuidar: eso es muy duro», apunta Olga, que reivindica su profesión. «Hay gente que no se da cuenta de lo importantes que somos». Llevas toda la razón, Olga. Ellas, las que tienen que servir, no sólo limpian, cocinan y cuidan. Son el pilar fundamental en cientos de hogares. Sin ellas las rutinas se derrumbarían.

«Muchas sufren acoso en el hogar y racismo, se sienten desprotegidas»

La agencia Lan Bila de Cáritas trabaja para evitar la «explotación» en el sector y el Obispado prepara un encuentro con trabajadoras

:: J. BARBÓ

VITORIA. Como Bibiana, Olga, Isabel, Gabriela y Amparo, la mayoría de las mujeres que desempeñan labores de trabajo doméstico en Álava proceden de países de América del Sur. Según los datos de Cáritas, que trabaja para dignificar el sector, paises como Colombia o República Dominicana son mayoritarios en una profesión femenina, invisibilizada y en la que en no pocas veces se producen situaciones de abuso en las relaciones laborales. «El gran problema es que están muy solas y se sienten muy desprotegidas. A nivel sindical no tienen a quien recurrir», evidencia Ainhoa Martín, responsable del programa Lan Bila de Cáritas.

«Los problemas más habituales de estas mujeres tienen que ver con los horarios, que en el caso de las internas pueden llegar con facilidad a las 60 horas semanales de trabajo», descubre Martín, que alerta de las situaciones de «racismo y explotación» a las que se tienen que enfrentar estas mujerse en no pocas veces. Y también, directamente de «acoso». «Los hogares son sitios privados, muy difíciles de controlar y sí se dan este tipo de situaciones, hasta tal punto que muchas mujeres piden no trabajar en casas con hombres solos», descubre la responsable de un servicio de intermediación por el que han pasado casi un millar en el último año.

«A pesar de la labor que hacemos, todavía hay muchas familias de Vitoria que no regularizan la situación laboral de estas trabajadoras», destaca la experta, que desliza cómo la reciente subida del salario mínimo interprofesional puede tener un efecto perverso en este colectivo, tan vulnerable. «Muchas familias no van a poder pagarles y van a optar por hacerlo sin contrato. El gran problema –denuncia– es que las instituciones no dan las suficientes ayudas para la dependencia»

Trabajo Decente

Para tratar de atajar las situaciones de «abuso» del colectivo, el Obispado ha puesto en marcha una comisión por el Trabajo Decente y para comienzos del próximo abril prepara un encuentro «con el que se pretende sacar del aislamiento a estas trabajadoras». «Exigimos que se les reconozca los derechos que ahora tienen ninguneados, entre ellos el derecho a la prestación por desempleo, la proporcionalidad de las cotizaciones, los salarios justos y la no explotación», ruegan los impulsores de la iniciativa.



